

## Proposición XIII: Sobre la comunión

---

*La Comunión del Cuerpo y de la Sangre de Cristo es interna y espiritual, o sea la participación de Su carne y sangre, por la cual el hombre interior es cada día sustentado en los corazones de aquellos en quienes Cristo habita, de lo cual la participación del pan por Cristo con sus discípulos fue una figura, que aun aquellos que habían recibido la sustancia también la usaron por un tiempo en la Iglesia por causa de los débiles (I Corintios 10:16, 17; Juan 6:32, 33, 35; I Corintios 5:8).*

*Así como el abstenerse de cosas ahogadas y de sangre (Hechos 15:20), el lavarse unos a otros los pies (Juan 13:14) y la unción de los enfermos con aceite (Santiago 5:14), todas las cuales son encomendadas con no menor autoridad y solemnidad que las primeras; mas no obstante, son ellas las sombras de cosas mejores y cesan como tales cuando se haya obtenido la sustancia.*

I. La Comunión del Cuerpo y de la Sangre de Cristo es un misterio escondido para los hombres naturales, que están en su estado primero, caído y degenerado. Ellos no pueden entender, escudriñar, ni comprender cómo es que allí moran, ni cómo están; tampoco pueden ser partícipes, ni aun son capaces de discernir el Cuerpo del Señor. Y por cuanto el mundo cristiano (así llamado) en su mayor parte ha estado hasta ahora trabajando, obrando, concibiendo e imaginando, en sus propios entendimientos naturales y no regenerados, sobre las cosas de Dios y religión; por tanto, este misterio ha estado muy escondido y sellado para ellos, mientras que ellos han estado conteniendo, porfiando y batallando uno con otro sobre la mera sombra, exterioridad y forma, mas han sido como extranjeros a la sustancia, vida y virtud.

II. El cuerpo de Cristo, del que los creyentes participan, es espiritual y no carnal; y Su Sangre, de la que ellos beben, es pura y celestial, y no humana o material, como Agustín asimismo afirma del Cuerpo de Cristo que es comido en su obra *Tractat.*, Salmo 98: “Si el hombre no come Su Carne, no tiene en sí la Vida Eterna.’ Y Él dice: ‘Las palabras que Yo os he hablado, son Espíritu y son Vida’ (Juan 6:63); o sea, *entended espiritualmente lo que Yo he dicho.* ‘Vosotros no comeréis de este Cuerpo que veis, ni beberéis de esta Sangre que derramarán los que Me crucificarán—Yo soy el pan vivo que ha bajado del Cielo.’ Él se llama el Pan que descendió del Cielo, exhortando a que creyesen en Él.”

Si se pregunta ¿qué es ese Cuerpo, qué es esa Carne y Sangre?, *respondo*: El es aquella Semilla Celestial, aquella Sustancia Divina, Espiritual y Celestial de que hablamos antes en las Proposiciones Quinta y Sexta. Este es aquel Vehículo de Dios, o Cuerpo Espiritual de Cristo, en el cual y por el cual, Él comunica la Vida a los hombres y la Salvación a cuantos en Él creen y Le reciben; y por ellos el hombre viene a tener participación y comunión con Dios.

Esto se prueba de Juan 6:32-69, donde Cristo habla más extensamente de este asunto que en algún otro lugar. Y cierto, este Evangelista y Discípulo bien amado, que descansó en el seno de nuestro Señor, nos da una cuenta más cumplida de los dichos espirituales y doctrina de Cristo. Se puede observar que ni en sus epístolas habla él de ceremonia usada por Cristo, de partir pan con sus discípulos, ni de la relación evangélica a la vida y sufrimientos de Cristo; es más amplio al hablar de esta relación de la participación del Cuerpo, Carne y Sangre de Cristo que de alguno de todos ellos.

Porque Cristo en este capítulo, percibiendo que los judíos le seguían por amor de los panes, les decía (verso 27): “Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece.” Mas por cuanto eran carnales y no entendiendo el lenguaje espiritual y doctrina de Cristo, juzgaban el Maná que Moisés dio a sus padres, ser el pan más excelente, por haber descendido del Cielo. Cristo, para rectificar aquel error, e informarles mejor, afirma: Primero: que no es Moisés, sino su Padre, el que da el Pan verdadero del Cielo, versos 32 y 48. Segundo, Cristo se llama a sí mismo este Pan: Versículo 35, “Yo soy el pan de vida,” y versículo 51, “Yo soy el pan vivo que descendió del cielo.” En tercer lugar, Él declara que este Pan es Su carne: Versículo 51, “El pan que Yo daré es mi carne” y versículo 55, “Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.”

En cuarto lugar: La necesidad de participar de Él, versículo 53: “Si no coméis la carne del hijo del Hombre y bebéis Su sangre, no tenéis vida en vosotros.” Y, finalmente, los frutos benditos y efectos necesarios de esta Comunión del Cuerpo y Sangre de Cristo son que este Pan “da vida al mundo,” versículo 33; “El que de Él come, no muera,” versículo 50; “El que come de este pan, vivirá eternamente,” versículo 58; “Si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre,” versículo 51 y 54; “El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y Yo en él”; versículo 56, y “vivirá por Cristo,” versículo 57.

En esta larga descripción del origen, naturaleza y efectos de este Cuerpo, Carne y Sangre de Cristo, aparece que Él es espiritual y se debe entender de

un Cuerpo Espiritual, y no de aquel cuerpo o templo de Jesucristo que nació de la Virgen María, y el que anduvo, vivió y sufrió en la tierra de Judea; porque se dice que "él descendió del cielo" ya, que Él es él que descendió del cielo. Ahora todos los cristianos al presente reconocen, generalmente, que aquel cuerpo exterior de Cristo no bajó del Cielo ni fue aquella parte de Cristo que descendió del Cielo. Y para poner el asunto fuera de duda, cuando los judíos carnales querían haber entendido así, Él les dice claramente en el versículo 63: "El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha." Esto está asimismo fundado sobre una razón más sana y sólida. Porque el alma es, no el cuerpo, lo que se debe alimentar con esta Carne y Sangre. Ahora, la carne exterior no puede sustentar ni alimentar el alma.

No hay proporción ni analogía entre ellos, ni entre la comunión de los santos con Dios, con una conjunción y participación mutua de la carne, sino del Espíritu. El que es juntado al Señor es un espíritu con Él, no una carne (II Corintios 5:16,17). Porque la carne puede solamente participar de carne, como Espíritu de Espíritu. (Yo entiendo como carne exterior aquella, tal como fue en la que Cristo anduvo y vivió sobre la tierra; y no la carne interpretada como una metáfora entendida espiritualmente). Como el cuerpo no puede sustentarse del espíritu, el espíritu tampoco puede sustentarse de la carne. Y que la carne de que aquí se habla es espiritualmente entendida, se deduce más del hecho de que lo que sobre ella se sustenta, nunca morirá. Mas los cuerpos de todos los hombres una vez más mueren. Y al cuerpo del mismo Cristo convino morir.

Que este Cuerpo, Carne Espiritual y Sangre de Cristo deben entenderse por aquella Semilla Divina y Celestial de que arriba hemos hablado, aparece por la naturaleza y frutos de ella. Primero se dice que ella es aquello que bajó del cielo y da vida al mundo. Ahora esto responde a aquella Luz y Semilla de la cual se testifica, en Juan 1, ser la Luz del Mundo y la Vida de los hombres. Porque aquella Luz y Semilla Espiritual, conforme recibe lugar en los corazones humanos, y lugar para brotar allí, es como pan al alma hambrienta y sedienta, que está (como ella fuese) enterrada y muerta en los deseos del mundo; que recibe Vida por segunda vez, y revive, conforme gusta y participa de este pan celestial. Y los que participan de Él, se dice que vienen a Cristo; y ninguno puede tenerle, sino al venir a Él y creer en el apareamiento de Su Luz en sus corazones, por cuya recepción y creencia en Él se conoce la participación de este Cuerpo y Pan.

Y que Cristo entiende aquí la misma cosa, por Su Cuerpo, Carne y Sangre, como se entiende en Juan 1 por la Luz que ilumina a cada hombre, y la Vida,

etc., se entiende, porque la Luz y Vida, de que se habla en Juan 1, allí mismo dice que es Cristo. Él es la Luz verdadera. Y el Pan y Carne de que se habla en Juan 6 son llamados Cristo. "Yo soy el Pan de Vida," dice Él. Segunda vez, los que recibieron aquella Luz y Vida, Juan 1:12, obtuvieron poder para venir a ser los Hijos de Dios, por creer en Su Nombre. Así también aquí, Juan 6:35, el que viene a este Pan de Vida, no tendrá hambre; y el que cree en Él, que es este Pan, no tendrá sed.

Así pues, como hubo el cuerpo exterior visible y templo de Jesucristo, que tomó su origen de la Virgen María, hay asimismo el Cuerpo Espiritual de Cristo, por el cual y con el cual, Él que fue el Verbo en el principio con Dios, y fue y es Dios, se reveló a sí mismo a los hijos de los hombres en todas las edades, y por eso los hombres de todos los tiempos vienen a ser partícipes de la Vida Eterna, y a tener comunión y participación con Dios y Cristo. Si de ese Cuerpo de Cristo, Carne y Sangre, Adán, Set, Enoc, Noé, Abraham, Moisés, David y todos los profetas y Hombres Santos de Dios no hubiesen comido, ellos no hubieran tenido Vida en sí mismos, ni su hombre interior hubiera sido sustentado. Ahora, como el cuerpo y templo exterior fue llamado Cristo, así también su Cuerpo Espiritual lo fue, no menos propiamente, y eso mucho antes que el cuerpo exterior fuese un ser.

De aquí dice el apóstol, I Corintios 10:3,4, que todos nuestros padres "comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo." Esto no puede entenderse de otra manera más que refiriéndose al Cuerpo Espiritual de Cristo. Este era el sustento salvador de los justos, tanto antes de la Ley como bajo ella. A pesar de esto, bajo la Ley, Él estaba velado y cubierto debajo de diversas figuras, ceremonias y observancias. Y no solamente así, también estaba encubierto y escondido en algunos aspectos debajo del templo exterior o cuerpo físico de Cristo, o durante su vida aquí en el mundo. Por esta razón, los judíos no podían entender la predicación de Cristo referente a sí mismo mientras vivía sobre la tierra. Y no sólo los judíos, sino también entre unos de sus discípulos lo juzgaban un dicho duro, murmurando de Él; y muchos desde aquel tiempo se apartaron y no andaban más con Él.

Yo no dudo que hay muchos en este día que profesan ser discípulos de Cristo, pero que entienden tan poco de este asunto como aquellos, y que con facilidad se ofenden y espantan por ello, mientras siguen el cuerpo exterior; y no consideran a Aquel por el cual los santos son cada día mantenidos y sustentados. Jesucristo, en obediencia a la Voluntad del Padre, ofreció por el Espíritu Eterno aquel cuerpo, como una propiciación por la remisión de

pecados. Así acabó su testimonio sobre la tierra con un perfectísimo ejemplo de paciencia, resignación y santidad, para que todos fuesen hechos partícipes del fruto de aquel sacrificio. Él, en semejante manera, derramó en los corazones de todos los hombres, una medida de aquella Luz Divina y Semilla de la cual Él está vestido, para que con ella, penetrando las conciencias de todos, Él los resucite de muerte y tinieblas por su Vida y Luz, y por ello sean hechos partícipes de su Cuerpo, y vengan a tener comunicación con el Padre y con el Hijo.

III. Si alguien pregunta cómo y en qué manera el hombre llega a participar de Cristo y a ser sustentado con Él?, *respondo* con las palabras clara de Cristo en Juan 6:35 y 55: “Yo soy el pan de vida; el que a Mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás”; y el segundo versículo dice: “Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida.”

Así cualquiera que sea quien esto pregunta o lee estas líneas, sea que se considere a sí mismo creyente, o realmente sea incrédulo y sienta que el cuerpo exterior y carne de Cristo estén tan lejos de sí que no pueda penetrarlo, ni sustentarse con él; aunque muchas veces haya comido y bebido aquello que los papistas han persuadido ser la carne y sangre reales de Cristo, y lo haya creído así, todos sus sentidos le dicen lo contrario. O si es un luterano, y haya tomado aquel pan, en que, con que, o debajo de lo cual, los luteranos han asegurado que la Carne y Sangre de Cristo están; o siendo un calvinista, ha participado de aquello, que según ellos, da a los que le toman una real participación del Cuerpo, Carne y Sangre de Cristo (aunque sólo como una figura del cuerpo); ellos nunca conocieron cómo ni por qué medio eso sucede.

Si por todo esto tú hallas tu alma aún estéril y hambrienta o casi para perecer, reconoce que aquella Luz que te descubre tu iniquidad, que te muestra tu esterilidad, tu desnudez, tu vanidad, es aquel Cuerpo del cual debes participar y alimentarte. Mas eso será hasta que por dejar la iniquidad, vuelvas en ti, vengas a Él y le recibas. Aunque lo desees mucho, tú no puedes ser satisfecho con Él, porque Él no tiene comunión con las tinieblas; ni puedes beber de “la copa del Señor y de la copa de los demonios”; no puedes participar de “la mesa del Señor, y de la mesa de los demonios” (I Corintios 10:21).

Mas conforme tú permitas a aquella pequeña Semilla de Rectitud germinar en ti, y ser formada en un nuevo y sustancial nacimiento que es producido en el alma, esa semilla es sustentada y mantenida sobrenaturalmente por este cuerpo espiritual. Y como el cuerpo exterior no vive, a menos que respire el

aire, así este nuevo nacimiento no permanece en el alma si no es movido por la fe y respira el aire espiritual. Y como la vida exterior no puede subsistir sin alguna materia de qué sustentarse, alguna carne y alguna bebida, así tampoco puede este nacimiento interno sin ser alimentado por esta Carne interna y Sangre de Cristo, que es a lo cual corresponde por analogía.

Y esto es muy agradable a la doctrina de Cristo concerniente a este asunto. Porque como alimento exterior, el cuerpo no tiene vida, así también dice Cristo: "Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros" (Juan 6:53). Y como el cuerpo, comiendo el sustento exterior, vive por él, así Cristo dice que él que le come, vivirá por Él (Juan 6:57). Así es la participación interna de este hombre interior, de este cuerpo interno y espiritual por el cual el hombre es unido a Dios y tiene comunicación y comunión con Él. "El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece y Yo en él," dice Cristo (Juan 6:56).

Esto no puede entenderse de la comida del pan exterior. Y como por esto el alma debe tener comunión con Dios, así también, conforme los santos son partícipes de este un cuerpo y una sangre, vienen a tener una comunión mutua. De aquí el apóstol en este respecto dice: "Nosotros con ser muchos, somos un cuerpo" (I Corintios 10:17). A los sabios entre los corintios, él dice: "El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?" (I Corintios 10:16). Esta es la verdadera y espiritual Cena del Señor que los hombres vienen a participar por oír la Voz de Cristo y abrir la puerta de sus corazones para dejarle dentro, en la manera arriba dicha, y según las palabras claras de la Escritura, Apocalipsis 3:20: "He aquí, Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo."

La cena del Señor o el cenar con Él y participar de Su Carne y Sangre, no está en manera limitado a la ceremonia de partir pan y beber vino en tiempos particulares; mas es real y verdaderamente poseído, tantas veces como el alma se retira interiormente y llega a la Luz del Señor, y siente o participa de aquella Vida Celestial por la cual el hombre interno es mantenido. Esto puede ser, y es así muchas veces, testificado por los fieles en todo tiempo aunque, más particularmente, cuando se congregan delante del Señor.

IV. Mas en qué confusión han caído los profesores de la cristiandad tocante a este asunto que, como en otras cosas han hecho, por falta de un verdadero entendimiento espiritual, han contendido para atar esta Cena del Señor a aquel acto realizado por Cristo antes de Su muerte, de partir pan y beber vino con sus discípulos. Y aunque ellos, en su mayor parte, están

generalmente de acuerdo en esto, todavía ¡cuánto contienden y se debaten unos contra otros! ¡Cuán extrañamente están apenados y preocupados en hacer convenir este misterio espiritual con la ceremonia! Y ¡qué conceptos y opiniones tan monstruosas y salvajes han inventado para encerrar o fijar el Cuerpo de Cristo a su pan y vino! De esas opiniones no sólo se han suscitado disputas grandes, fieras y dañosas, tanto entre los profesores de la cristiandad en general, como entre los protestantes en particular, sino también cosas absurdas, consecuencias irracionales y blasfemas se han seguido, como para hacer la religión cristiana odiosa y aborrecible a los judíos, turcos y paganos.

Los profesores de la cristiandad principalmente se dividen en este asunto en tres opiniones:

*La primera* es de los que dicen que la sustancia del pan es transubstanciada en la sustancia misma de aquel Cuerpo, Carne y Sangre de Cristo, que nació de la Virgen María y fue crucificado por los judíos; de modo que, según ellos, después de las palabras de la consagración, como ellos las llaman, no es más pan, sino el Cuerpo de Cristo.

*La segunda* es de los que dicen que la sustancia del pan permanece, pero que también el Cuerpo está en, con y debajo del pan, de modo que la sustancia del pan, y la del Cuerpo, Carne y Sangre de Cristo está allí también.

*La tercera* es de los que, negando estas dos cosas, afirman que el Cuerpo de Cristo no está allí corporalmente o sustancialmente; sino que es realmente y sacramentalmente recibido por los fieles, en el uso del pan y del vino. Mas cómo, y por qué medio Él está allí, ellos no conocen ni pueden decir; solamente debemos creer que Él esté allí, aunque propiamente Él está en el Cielo.

No es mi intención combatir a estas diversas opiniones, porque cada uno de sus autores se han refutado suficientemente el uno al otro, y todos ellos son tan fuertes, por Escritura o por razón, en refutar la opinión de la parte contraria, que han quedado débiles en establecer la suya propia. Porque yo he observado muchas veces, en la lectura de sus escritos respectivamente, y así pueden haber hecho otros, que todos refutan notablemente las opiniones contrarias, mas no son capaces de confirmar y contender por la suya propia. De aquí debo concluir necesariamente que ninguno de ellos ha llegado a la verdad y sustancia de este misterio.

Veamos si Calvino, después de que él ha refutado las dos primeras opiniones, ha llegado a ser más dichoso en lo que él afirma por la verdad de su opinión; pues, después que ha trabajado mucho por vencer y refutar las

dos primeras opiniones, confiesa claramente que él no sabe qué afirmar en lugar de ellas. Porque después de que ha hablado mucho, y luego concluido que el Cuerpo de Cristo está allí y que los santos necesariamente participan de él, por fin se aferra en estas palabras: "Mas si se pregunta cómo es, yo no me avergüenzo de confesar que él es un secreto muy difícil para mí de ser comprendido en mi espíritu o explicado con palabras" (Sección 32). Esto lo hace muy ingenuamente; sin embargo, ¿quién habría pensado que tal hombre hubiese sido llevado a este aprieto en la confirmación de su opinión? Considerando que un poco antes, en el mismo capítulo, Sección 15, él acusa a los hombres de escuela entre los papistas de que ni entienden, ni explican a otros cómo Cristo está en la Eucaristía; entonces, luego después él confiesa que él mismo no lo puede hacer.

Si pues los escolásticos, entre los papistas, no entienden ni aun explican a otros su doctrina, en este respecto, ni Calvino lo puede comprender en su espíritu (que yo creo es igual a no entenderlo), ni expresarlo en palabras (y entonces seguramente él no puede explicarlo a otros); entonces, no hay certidumbre que pueda tenerse de alguno de ellos. Grandes esfuerzos han sido hechos para reconciliar sus ideas en este asunto, entre papistas y luteranos, luteranos y calvinistas, entre calvinistas y papistas, más todo sin propósito. También muchas formas y maneras de expresiones han sido creadas para que todos conviniesen, las cuales han sido probadas en vano, viendo que cada uno las entendía e interpretaba a su propio parecer, y así por ello se equivocaban y engañaban el uno al otro.

La razón de esta contención es porque todos ellos carecían de un entendimiento claro del misterio, y estribaban sobre la sombra exterior. Porque el principio y la materia de su contenido yacen en cosas extrínsecas y no necesarias en la materia principal. Y ésta ha sido muchas veces la táctica de Satanás para abusar de las gentes y hacer que se diviertan con señales externas, sombras y formas, haciéndolos contender sobre ellas, mientras la sustancia es despreciada. Al contender por estas sombras Satanás, los excita a la práctica de malicia, enojo, venganza y otros vicios por los cuales él establece su reino de tinieblas entre ellos y arruina la vida de la cristiandad. Porque sobre este particular ha habido más contiendas y enojos y más derramamientos de sangre y contención que sobre alguna otra cosa. Y seguramente, ellos no se han dado cuenta del estado de los negocios protestantes; no conocen que sus contenciones sobre esto han sido más dañinas a la Reforma que toda la oposición que encuentran con sus comunes adversarios.



Ahora todas estas opiniones inciertas y absurdas, y las contenciones que de ellas nacen, han procedido de haber convenido todos en dos errores generales tocante a esto; pues apartándose de ellos, como nosotros hacemos, se abriría un camino fácil para la reconciliación, y convendríamos todos en un entendimiento espiritual y verdadero de este misterio. Así, las contenciones y absurdeces que resultan de las tres opiniones ya mencionadas, cesarían y caerían por tierra.

El primero de estos errores es, hacer de la comunión o participación del Cuerpo, Carne y Sangre de Cristo, referirse a aquel cuerpo exterior, vaso o templo, que fue nacido de la Virgen María, anduvo y sufrió en Judea en lugar de que ella se debiese referir al Cuerpo Espiritual, Carne y Sangre de Cristo, ciertamente a aquella Luz y Vida Celestial, que fue el sustento y alimento de los regenerados en todas edades, como ya hemos probado.

El segundo error es atar esta participación del cuerpo y sangre de Cristo a aquel acto realizado por Él con sus discípulos en el partir del pan, etc., como si tuviese solamente una relación a ellos o fuese sólo poseída en el uso de aquel acto, que ni tiene ni lo es. Porque éste es aquel pan que Cristo enseña en su oración, llamándolo "el pan supersubstancial" o *tòu artou tòu epiousou* (του ἄρτου τού ἐπιούσου) como el griego lo tiene, del que el alma participa sin ninguna relación o respecto a esta ceremonia, como aquí después será comprobado.

Abandonando estos dos errores, y las contenciones que de ellos nacen sepultadas, todos convienen en las posiciones principales, a saber, primero, que el Cuerpo, Carne y Sangre de Cristo son necesarios para el sustento del alma; en segundo lugar, que las almas de los creyentes real y verdaderamente participan y se sustentan del cuerpo, carne y sangre de Cristo.

Pero mientras los hombres no estén de acuerdo con la espiritualidad de este misterio, andando en sus propias voluntades y según sus propias invenciones para forzar y violentar las Escrituras (por ligar esta comunión espiritual de la Carne y Sangre de Cristo al pan y vino exterior y tales semejantes ordenanzas carnales) no es de admirar si, por sus entendimientos carnales, se precipitan y confunden.

Mas porque generalmente ha sido supuesto que la comunión del Cuerpo y Sangre de Cristo tuviera alguna relación especial a la ceremonia de partir pan, yo primero refutaré aquella opinión y entonces procederé a considerar la naturaleza y uso de aquella ceremonia, respondiendo a las razones y objeciones de los que defienden su continuación como necesaria y permanente ordenanza de Jesucristo.

V. Primero, se debe entender que yo hablo de una relación necesaria y peculiar más bien que en un aspecto general. Porque así como nuestra comunión con Cristo, es y debe ser nuestra mayor y principal obra, nosotros deberíamos hacer todas las otras cosas con gran relación a Dios y para mayor comunión con Él; pero esta relación es tal como cuando dos cosas son atadas y unidas juntamente, sea de su propia naturaleza o por el mandamiento de Dios, que el uno no puede ser poseído sin el otro, o al menos no lo es, sino muy extraordinariamente. Así la Salvación tiene una relación necesaria a la Santidad, porque sin Santidad, nadie verá a Dios (Hebreos 12:14). Y el comer de la Carne y Sangre de Cristo, tiene una relación necesaria al hecho de tener Vida, porque si no comemos su Carne, ni bebemos su Sangre, no podemos tener Vida. Y el hecho de sentir la Presencia Divina tiene una relación necesaria a ser hallados congregados en Su nombre, por Su precepto divino, porque Él ha prometido que donde dos o tres están congregados en Su Nombre, Él estará en medio de ellos (Mateo 18:20). En semejante manera, el hecho de recibir beneficios y bendiciones de Dios, tiene relación necesaria a nuestra oración, porque si pedimos, Él ha prometido que recibiremos.

Ahora la comunión o participación de la Carne y Sangre de Cristo, no tiene tal relación necesaria; ella sería de la naturaleza de la cosa o de algún precepto divino. Mas nosotros mostraremos que ella no es de uno ni de otro:

Primero, no es de la naturaleza de la cosa, porque participar de la Carne y Sangre de Cristo es un ejercicio espiritual y todos confiesan que es por el alma y el espíritu, para que vengamos a ser partícipes reales de ellos, porque es el alma y no el cuerpo, el que es alimentado por ello. Mas comer pan y beber vino es un acto natural, que en sí mismo nada añade al alma, ni tiene alguna cosa que sea espiritual en sí; porque el hombre más carnal que haya, puede así, plena, perfecta y enteramente comer pan y beber vino, como el más espiritual. En segundo lugar, su relación no es por naturaleza, de otra manera serían un resultado el uno del otro: mas todos reconocen que muchos comen del pan y beben del vino (también de aquel que dicen ser consagrado y transubstanciado en el mismo Cuerpo de Cristo), y no obstante, no tienen vida eterna, no tienen a Cristo viviendo en sí, ni viven por Él, como hacen todos los que verdaderamente participan de la Carne y Sangre de Cristo, sin el uso de esta ceremonia.

Así lo hicieron todos los Patriarcas y Profetas, antes de que esta "ordenanza," como ellos la creen, fuese instituida. Ni hubo bajo la Ley alguna cosa que tuviese directa o necesaria relación a ello, aunque participar

de la Carne y Sangre de Cristo, en todas edades, era indispensablemente necesario para la salvación; porque así como el cordero Pascual, su fin es significado particularmente (Éxodo 13:8,9), a saber, que los judíos por él fuesen conservados en la memoria de su liberación de Egipto.

En segundo lugar, no tiene relación por precepto divino; porque si la tuviese, sería mencionada en lo que nuestros adversarios llaman la institución de ello, o de otra manera, su práctica por los santos habría sido registrada en la Santa Escritura; mas ello no es así. Porque en cuanto a la institución, o por decir mejor, la narración de lo que practicó Cristo en este asunto, sí la tenemos registrada por los Evangelistas Mateo, Marcos y Lucas (Mateo 26:17; Marcos 14:22; Lucas 22:19). En los dos primeros, hay sólo una narración del hecho de que Cristo partió pan y lo dio a sus discípulos para que lo comiesen, diciendo, esto es mi Cuerpo. Y bendiciendo la copa, la dio a ellos para que bebiesen, diciendo, esto es mi Sangre. Pero no dice que ellos lo hiciesen. En Lucas, después de partir el pan, pero antes de darles el vino, Él les manda hacerlo en memoria de Él. ¿Qué debemos nosotros juzgar de esta práctica de Cristo? De ello se hablará después. Más ¿qué relación necesaria tiene todo esto con que los creyentes participen de la Carne y Sangre de Cristo? El fin de esto, por lo cual debían hacerlo, está particularmente expresado en I Corintios 11:26, "para anunciar la muerte del Señor."

Mas memorar al Señor o declarar su muerte, que son los fines especiales y particulares anexos al uso de esta ceremonia, no es participar de la Carne y Sangre de Cristo, ni tienen más relación a ello que lo que podrían tener otros dos diferentes deberes espirituales. Porque aunque los que participan de la Carne y Sangre de Cristo no pueden sino memorarle, aún así el Señor y su muerte pueden ser memorados, como nadie puede negar, donde su Carne y su Sangre no son verdaderamente participados. De modo que la misma ceremonia puede ser más bien testificada, memorando la muerte del Señor y sin que la Carne y Sangre de Cristo sea participada. De otra manera, la participación de ella hubiera sido su fin, y no hubiera sido obtenido nada sin esta participación. Mas al contrario, pues el fin positivo de esta ceremonia, no es el participar del Cuerpo y Sangre de Cristo, y cualquiera que participa de la Carne y Sangre de Cristo, no puede sino memorarle; por tanto, los tales no necesitan de esta ceremonia para memorar al Señor.

Mas si alguno dijera que como Jesucristo llama al pan Su Cuerpo y al vino Su Sangre que por tanto Él parece haberse referido a que Sus discípulos participaban de Su Carne y Sangre en el uso de esta cosa, *respondo*: El llamar al pan Su Cuerpo y al vino Su Sangre, no indica tal cosa. Aunque no se

niega, Jesucristo en todo lo que hacía, y aun en el uso de todas las cosas naturales, tomaba ocasión de ellas para elevar las mentes de sus discípulos a las cosas espirituales. Cuando la mujer de Samaria sacaba agua, Jesús le dijo que cualquiera que del agua viva bebe, nunca tendrá sed (Juan 4:14). Esto es igual a lo de Su Sangre de que aquí se habla. No diremos que aquel pozo o agua tenía alguna relación necesaria al agua viva, o el agua viva a ella.

Así también Cristo tomó ocasión de que los judíos le seguían por los panes, para hablarles de este pan espiritual y carne de Su Cuerpo, que era más necesaria para sustentarse. No vamos a decir por eso que el seguirle por los panes, tenía alguna relación necesaria a comer del Pan espiritual.

Así también Cristo aquí, estando a la cena con Sus discípulos, toma ocasión del pan y vino que estaba delante de ellos para significárles que como aquel pan que Él les partía, y aquel vino que Él bendecía y les daba, contribuía a la preservación y mantenimiento de sus cuerpos, así Él también debía darles Su Cuerpo y derramar Su Sangre por la Salvación de sus almas. Y por tanto, el mismo fin propuesto en esta ceremonia, a los que la observan, es ser un memorial de Su muerte.

Mas si se dice que el apóstol, I Corintios 10:16, llama al pan que Él partía, la comunión del cuerpo de Cristo, y la copa, la comunión de Su Sangre, yo estoy de acuerdo, mas niego que esto se refiera al pan exterior, ni ello puede ser deducido. Pero lo contrario está claro por el contexto: porque el apóstol en este capítulo no habla ni una palabra de esa ceremonia. Porque habiendo en el principio del capítulo mostrado cómo los judíos antiguamente fueron participantes del pan espiritual y agua, que era Cristo, y cómo algunos de ellos, por desobediencia e idolatría, cayeron de aquella buena condición, él los exhorta, con el ejemplo de aquellos judíos a quienes Dios destruyó antiguamente, a huir de estos males; mostrándoles que ellos, los corintios, son semejantemente partícipes del Cuerpo y Sangre de Cristo, de cuya comunión se privaban a sí mismos, si lo hacían mal. Porque no podían beber de la copa del Señor y de la copa de los demonios; no participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios (versículo 21). El muestra que no se refiere aquí al uso de pan y vino material. Porque los que beben la copa de los demonios y comen de la mesa de los demonios, indica que el más inicuo de los hombres puede participar del pan y vino exteriores.

Porque allí el apóstol llama al pan "uno" (versículo 17) y dice: "Siendo un solo el pan, nosotros con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan." Ahora, si el pan es uno, no puede ser el externo, o el interno será excluido. No puede negarse que es el participar del pan interno, y no del externo, lo que hace a los santos verdaderamente Un

Cuerpo y Un Pan. Y lo que ellos dicen, que el Un Pan aquí comprende el exterior e interior, por virtud de la unión sacramental, eso es solamente una afirmación sin pruebas. En cuanto a una "unión sacramental," yo no hallo una cosa tal en toda la Escritura Santa, especialmente en el Nuevo Testamento.

No hay allí cosa que dé fundamento para tal cosa en este capítulo, donde el apóstol, como arriba está observado, no trata nada de aquella ceremonia, sino solamente de la excelencia de aquel privilegio que los corintios tenían como cristianos creyentes, al participar de la Carne y Sangre de Cristo; los aparta de la idolatría y de participar de los sacrificios ofrecidos a los ídolos, así como de ofender por ello y dañar a sus hermanos débiles.

Más lo que la mayoría de ellos gritan y vocean en este asunto y hacen siempre ruido es de I Corintios 11, donde el apóstol trata particularmente de este asunto. Y por tanto, de algunas palabras de aquí, tienen la mayor apariencia de verdad por su aserción: con el versículo 27, donde él llama la copa, la copa del Señor; y dice que los que de él comen y la beben indignamente, son reos del Cuerpo y Sangre del Señor; y el versículo 29, comen y beben su propia condenación deduciendo de aquí que esto tenga una relación inmediata y necesaria al Cuerpo, Carne y Sangre de Cristo.

Aunque esto a primera vista puede preocupar al lector inconstante, aun así, siendo bien considerado, ello no convence en manera alguna la materia en controversia. Y el hecho de que los corintios usaran esta ceremonia, no obliga a los cristianos de hoy mismo. De ello se tratará aquí después. Basta por ahora considerar que ellos estaban en uso de aquella ceremonia; que en el uso de ella, eran reos de ella misma, y cometían diversos abusos; y en tercer lugar, que el apóstol aquí les da instrucciones para que la hagan rectamente, y les muestra el correcto propio uso y fin de ella.

Habiendo notado antes estas cosas, obsérvese que el mismo uso expreso y particular de ella, según el apóstol, es anunciar la muerte del Señor. Mas anunciar la muerte del Señor, y participar de la Carne y Sangre de Cristo, son cosas diferentes. El no dice: Cuantas veces vosotros coméis este pan y bebéis esta copa, participáis del Cuerpo y Sangre de Cristo; sino dice "anunciáis la muerte del Señor." Así yo reconozco que esta ceremonia, por los que la practican, tiene una relación inmediata al cuerpo exterior y muerte de Cristo, sobre la cruz, como siendo propiamente un memorial de ella; mas de esto no se deduce que ella tenga alguna relación interna o inmediata a los creyentes que comunican o participan del Cuerpo Espiritual y Sangre de Cristo; o aquella Cena Espiritual de que se habla en Apocalipsis 3:20.

Porque, aunque en un sentido general, como cada acto religioso, tiene en alguna forma una relación a la Comunión Espiritual de los santos con Dios; así no negaremos que ésta también tiene una relación, como las otras. Ahora al hecho de llamar a la copa, la copa del Señor, y decir que serán culpados del Cuerpo y de la Sangre del Señor, y que comen su propia condenación al no discernir el Cuerpo del Señor, *respondo* que esto no implica una relación más necesaria que algún otro acto religioso, y no demuestra más que esto: que los corintios estaban en el uso de esta ceremonia, y como lo hacían como un acto religioso, debían hacerlo dignamente, o de otra manera traerían condenación sobre sí mismos.

Ahora esto no indica que la cosa así practicada por ellos fuera un acto religioso necesario u obligatorio sobre otros; como tampoco lo es en Romanos 14:6, donde el apóstol dice: "El que hace caso del día, lo hace para el Señor." De esto no concluimos que los días que algunos estimaban y observaban, imponían alguna obligación sobre otros a hacer lo mismo; sino que el que estimaba un día y ponía conciencia en guardarlo, debía hacerlo para el Señor. Así ese día era para él; como lo dedicaba al Señor, era el día del Señor, y debía hacerlo dignamente. Si él lo hacía indignamente, sería culpado del día del Señor y lo guardaba para su propia condenación.

Así también los que observaban esta ceremonia de pan y vino; para ellos es el pan del Señor y la copa del Señor, porque ellos la usan como un acto religioso; y en cuanto a su fin, es anunciar la muerte del Señor y memorar Su Cuerpo que fue crucificado por ellos, y Su Sangre que fue por ellos derramada. Si ellos creen su deber hacerlo, y no creen que sea asunto de conciencia abstenerse; si lo hacen sin aquella debida preparación y examinación con que cada acto religioso debe ser hecho, entonces, en lugar de memorar verdaderamente la muerte del Señor, Su Cuerpo y Su Sangre, ellos se hacen a sí mismos culpables de él, como estando en un espíritu con los que le crucificaron y derramaron Su Sangre, aunque pretendiendo memorarlo con acción de gracias y gozo.

Así los Escribas y Fariseos antiguamente, aunque en memoria de los Profetas adornaban sus sepulcros, sin embargo, Cristo les llamó culpables de la sangre de los mismos. Y que aquí no puede deducirse más, aparece de otro dicho del mismo apóstol en Romanos 14:23, "Pero el que duda sobre lo que come es condenado." De todo esto es claro que el hacer o defender todo esto no es para los demás que no ponen su conciencia en ello. Así yo digo, él que come aquello que en su conciencia está persuadido que no le es lícito comer, come su propia condenación. Así también, aquel que pone su conciencia en comer pan y beber vino como un acto religioso, si él lo hace no preparado,

y sin aquel debido respeto con que los tales actos deben hacerse, él come y bebe su propia condenación, no discerniendo el Cuerpo del Señor; esto es, no pensando lo que él hace, sin un respeto especial al Señor y por vía de conmemoración especial de la muerte de Cristo.

VI. Habiendo suficientemente mostrado lo que es la comunión verdadera del Cuerpo y Sangre de Cristo, cómo se puede participar de ella y cómo tiene relación necesaria a aquella ceremonia del pan y vino usada por Cristo con sus discípulos, ahora es conveniente considerar la naturaleza y constitución de la misma, si es una ordenanza permanente en la Iglesia de Cristo, obligatoria a todos, o si es alguna parte necesaria del culto del Nuevo Pacto o Dispensación Evangélica, o si tiene mejor o más obligatorio fundamento que algunas otras ceremonias practicadas en el mismo tiempo, que los otros de nuestros opositores reconocen haber cesado y que ahora de ninguna manera son obligatorias a los cristianos.

Hallamos esta ceremonia mencionada en la Escritura en cuatro lugares: En Mateo, Marcos, Lucas y por Pablo a los Corintios. Si alguno concluye la obligatoriedad de alguna cosa sólo por la frecuencia de que se menciona, eso nada añadiría, porque es sólo un hecho mencionado por los evangelistas. Hay otras cosas, menos memorables, mencionadas tantas veces y aun más. Mateo y Marcos dan solamente una descripción del hecho, sin ningún precepto para que lo hicieran así después, declarando simplemente que Jesús entonces deseaba que ellos comiesen del pan y bebiesen de la copa. Lucas añade estas palabras: "Haced esto en memoria de Mí."

Si consideramos esta acción de Cristo con sus apóstoles, nada parecerá singular en ella como fundamento de tan extraña estructura, como muchos en sus imaginaciones han intentado fabricar. Porque Mateo y Marcos lo expresan como un acto hecho por Él al comer: "Y mientras comían, Jesús tomó pan y bendijo." (Mateo 26:26; Marcos 14:22) Ahora, este acto no fue una cosa singular, ni ninguna institución solemne de una ordenanza evangélica, porque era una costumbre constante entre los judíos, como Pablo Riccius dice en su libro "Agricultura Celestial," que cuando ellos comían la Pascua, el señor de la familia tomaba el pan y lo bendecía, y partiéndolo, lo daba a los otros; y en semejante manera, tomando el vino, hacía lo mismo.

De modo que nada puede surgir más de esto que Jesucristo, quien cumplió toda justicia y asimismo observó las fiestas judaicas y costumbres, usó también ésta entre sus discípulos solamente para que, como en las otras cosas, fuera figura para enseñarles Su muerte y sufrimientos, que en breve serían, lo cual les inculcaba el mayor número de veces posibles, porque ellos estaban duros para creerlo. Y aquella expresión de Lucas: "Haced esto en

memoria de Mí" no significa más que, siendo la última vez que Cristo comía con Sus discípulos, Él deseó que en su comer y beber, ellos Le memorasen, y por la memoración de aquella oportunidad, fuesen más prontos a seguirle diligentemente por sufrimientos y muerte.

Mas ¿qué hombre de razón, dejando aparte el prejuicio de la educación y la influencia de la tradición, dirá que este relato del hecho dado por Mateo y Marcos, o esta expresión de Lucas, de hacer aquello en memoria de Él, tendría tales consecuencias que la generalidad de los cristianos ha pretendido de ello, como llamarla: "Sacramento de la Sagrada Eucaristía," "Altar venerable del sacramento," "El sello principal del pacto de gracia por el cual todos los beneficios de la muerte de Cristo son sellados a los creyentes" y otras cosas semejantes?

Mas para dar una mayor evidencia, de que estas consecuencias no tienen ningún fundamento de la práctica de aquella ceremonia, ni de las palabras "Haced esto en memoria de Mí," consideremos otro acto de la misma naturaleza, como la que es expresada por Juan, capítulo 13, versículos 4, 5, 8, 12, 14, 15: "Jesús...se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido...Pedro le dijo: "No me lavarás los pies jamás." Jesús le respondió: "Si no te lavare, no tendrás parte conmigo"...Así que, después que les hubo lavado los pies, tomó su manto, volvió a la mesa, y les dijo: "¿Sabéis lo que os he hecho?...Pues, si Yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como Yo os he hecho, vosotros también hagáis."

En cuanto a esto, obsérvese que Juan refiere este pasaje haber sido hecho al mismo tiempo con el otro de partir pan, habiendo sido ambos la noche de la Pascua, después de cenar. Si miramos la narración de ésta, y las circunstancias que le asisten fue hecho con mucha mayor solemnidad, y fue prescrito mucho más exacta y particularmente que el primero. De aquello se dice solamente: "Y mientras comían, Jesús tomó pan," lo cual parece ser un asunto ocasional. Mas aquí dice: "Se levantó," "se quitó Su manto," "se ciñó," "puso agua," "lavó sus pies," "los limpió con la toalla." Jesús hizo a todos ellos todo esto, que son circunstancias seguramente mucho más observables que las notadas en la otra.

La primera era una práctica común entre los judíos, usada por todos los padres de familia en aquella ocasión de la Pascua. Mas ésta, en cuanto a la manera y Persona que actuaba, a saber el Señor, levantarse y lavar los pies de sus siervos y discípulos, era más singular y observable. En el partir del pan



y dar del vino, no es explicado por nuestros adversarios, ni aun mencionado en el texto, si Jesús particularmente los puso en las manos de todos; o si partiéndolo y bendiciéndolo, lo dio al más cercano y así pasó a ellos de mano en mano. Mas aquí se menciona que Él no lavó los pies de uno o dos, sino de muchos.

No dice en el primer paso que si ellos no comían de aquel pan y bebían de aquel vino, serían perjudicados por no hacerlo. Pero aquí sí, Él dice expresamente a Pedro que si no se deja lavar, no tendrá parte con Él. Esto parecería enseñar ño sólo la continuación, sino también la necesidad de esta ceremonia. En el primero, Él dice, como si fuera de paso: "Haced esto en memoria de Mí," mas aquí Él se sienta por segunda vez, pidiendo que consideren lo que ha hecho. Les dice positivamente que como Él lo ha hecho a ellos, así lo hagan ellos uno al otro. Y todavía por segunda vez, Él repite aquel precepto, diciéndoles que Él les ha dado ejemplo para que ellos lo hiciesen semejantemente.

Si miramos la naturaleza de la cosa, esta ceremonia tiene tanto en sí como el bautismo o el partir de pan, siendo que es un elemento externo de una naturaleza que limpia, aplicada al hombre exterior por el mandato y el ejemplo de Cristo para significar una purificación interna.

Yo propusiera esto de buena gana seriamente a los hombres, para que les agradara usar de aquella razón y entendimiento que Dios les ha dado, y no ser engañados, ni abusados por la costumbre o tradición de otros. En cuanto a esta ceremonia, si miramos el tiempo en que ocurrió, las circunstancias con que fue hecho, el mandamiento o el uso de ello anexo, ¿no tiene tanta recomendación como una ordenanza perpetua del Evangelio, como el bautismo con agua, el pan y vino, o alguna otra de aquel género? Yo quisiera saber, pues, qué razón pueden dar los papistas por qué no la hayan nombrado entre sus sacramentos.

Mas si dijeran que sí es usada entre ellos, que el Papa y algunas otras personas entre ellos la usan una vez al año con algunos pobres, yo quisiera saber qué razón tienen ellos para que ésta no se extienda a todos, así como aquella de la Eucaristía, como ellos la llaman, o de qué parte del texto: "Haced esto en memoria de Mí" se interpreta que el pan y vino deban ser tomados sólo por todos los sacerdotes cada día, o el pan sea tomado cada día o cada semana por el pueblo; pero que aquel otro mandamiento de Cristo: "Vosotros debéis hacerlo como Yo he hecho a vosotros" es solamente entendido del Papa o algunas otras personas, para ser hecho solamente a pocos y eso una vez al año. Ciertamente no hay allí ninguna razón por qué hacer esta diferencia en el texto.

Y ¿qué diremos en cuanto a los protestantes que totalmente no usan esta ceremonia? Si tan sólo abrieran sus ojos, podrían ver cuánto por costumbre y tradición se han equivocado en esta materia, como sus padres lo fueron en diversas tradiciones papísticas. Porque si miramos en la plena Escritura, ¿qué puede de allí inferirse para instar la una, que no pueda ser semejantemente peleado por la otra; o por el dejar la una, que no pueda ser semejantemente dicho contra la continuación de la otra? Si dicen ellos que la primera, de lavar los pies, fue solamente una ceremonia, ¿qué tienen ellos de dónde mostrar que ésta de partir pan es más? Si ellos dicen que la primera fue sólo un signo de humildad y purificación, ¿qué tienen ellos para probar que ésta fue más? Si ellos dicen que una fue sólo por un tiempo y no fue una ordenanza evangélica, ¿qué tiene ésta para hacerla tal, que la otra no tiene?

Seguramente no hay allí camino de razón para evitar esto. Nadie puede alegar que una cese y no la otra; o que la una continúe y no la otra. Es sólo por costumbre, educación, y tradición que se ha engendrado en los corazones de los pueblos una mayor reverencia y estima de la una que de la otra. Si por ventura nos hubiera sido recomendada más por tradición, sin duda aún así se hubiera peleado por ella tenazmente, como no menos fundada en la Santa Escritura. Así como el lavamiento de los pies de uno a otro es dejado como no obligatoria a los cristianos, también debe dejarse la otra por la misma razón.

VII. Mas yo extraño por qué los que proclaman esta ceremonia, y tanto estriban en ella, se toman la libertad de diferir de la manera o método con que Cristo la hizo. Pues, ninguno que yo sepa, excepto algunos bautistas que ahora la hacen, la usa en la misma manera que Él la hizo: Cristo la hizo a la hora de la cena, mientras ellos comían; mas la generalidad de los protestantes la hacen sólo por la mañana, y por sí misma. ¿Qué regla tienen ellos para hacer este cambio?

Si alguno dice que éstas eran sólo las circunstancias y no la materia misma, y si la materia se guarda, la alteración de las circunstancias es cosa de un momento, y si se dice que todo fue una circunstancia, ¿qué aconteció en aquel tiempo cuando Cristo comió la Pascua?

Porque si miramos al único argumento que la sostiene como una institución, a saber, estas palabras: "Haced esto en memoria de Mí," ello se refiere tanto a la manera, como a la materia misma. Porque ¿cómo pueden ellos alegar con razón que estas palabras "Haced esto" solamente signifiquen, "Comed pan y bebed vino; mas ello no importando cuándo coméis, o cómo lo coméis, y no cómo vosotros me habéis visto comerlo en la cena con vosotros, que tomo el pan y lo parto y os lo doy; así haced vosotros en la

misma manera"? Y viendo que Cristo no hace distinción en aquellas palabras "Haced esto," no puede juzgarse por razón más que se refiera al todo; que si bien lo hacen, todos los que al presente usan esta ceremonia entre los cristianos, no han obedecido este precepto, ni cumplido esta institución con todos sus clamores que a ella pertenecen.

Si se dice que el tiempo y manera de hacerlo por Cristo fue accidentalmente, por ser después de la Pascua judaica, o sea en la hora de la cena, respondo, puede fácilmente probarse que el todo fue accidental, siendo la práctica de una ceremonia judaica, como arriba está observado; ¿no puede entonces decirse que el beber vino fue accidental, siendo que es un producto de aquella región, y así contenderse que en las regiones donde el vino no abunda, como en nuestra nación de Escocia, podrían usar cerveza o *ale* [cerveza liviana inglesa] en el uso de esta ceremonia? ¿O de pan hecho de otro grano que aquel del que Cristo usó? Y no obstante, nuestros adversarios ¿no juzgarían esto un abuso en el acto de este sacramento? ¿No son esta clase de escrúpulos los que han ocasionado tanta contención entre los profesores de la cristiandad? ¡Cuán grande contención y pleito ha habido entre las iglesias griegas y romanas referente al pan! Mientras los unos quieren pan sin levadura, suponiendo que como los judíos usaban de ese pan en la Pascua, tal género de pan fue el que Cristo partió a sus discípulos; los otros piden pan leudado. Por tanto, los luteranos usan de pan sin levadura; los calvinistas, leudado. Y esta contienda fue tan ardiente cuando la Reforma comenzaba en Ginebra, que Calvino y Farele fueron forzados a huir por ello.

Los protestantes, por estas incertidumbres ¿no abren una puerta a los papistas para excluir de la copa el pueblo? ¿No es claro que ellos debieran hacerlo en la misma manera y al mismo tiempo que Cristo lo hizo, así como que usasen de la copa y no del pan solamente? ¿O qué razón tienen ellos para dispensar lo uno, más que los papistas tienen para hacer con lo otro? ¡Oh, cuán extrañas absurdidades e inconveniencias han traído sobre sí los cristianos por apegarse a esta ceremonia! De tales dificultades les es imposible librarse, a menos que las abandonen, como han hecho con otras de la misma naturaleza. Porque, además de lo que arriba está mencionado, yo quisiera también saber cómo es que las palabras "Haced esto" deban entenderse por el clero: "Tomad, bendecid, y partid este pan y dadlo a otros" mas los laicos solamente: "Tomad y comed, mas no bendigáis."

Si se dice que sólo el clero estaba presente, entonces ¿no abriría eso una puerta en favor del argumento papístico contra la administración de la copa al pueblo? ¿O no puede otro decir de allí fácilmente que solamente el clero debe participar de esta ceremonia, porque sólo los apóstoles estuvieron

presentes entonces, a quienes fue dicho "Haced esto"? Mas si este "Haced esto" se extiende a todos, ¿cómo acontece que no tengan todos la libertad de obedecerlo, en bendecir, partir, y distribuir, así como tomar y comer?

Además de todas estas cosas, también los calvinistas protestantes de Gran Bretaña nunca han convenido entre sí mismos sobre la manera de tomarla, si sentados, de pie o hincados de rodillas, si ella sería dada a los enfermos y a los moribundos ¿o no? Esas controversias, aunque pueden estimarse como de un solo momento, todavía han contribuido grandemente, con otras cosas, a ser la ocasión no solamente de mucha contención, mas asimismo de sangre derramada y devastación. Referente a este último asunto, los calvinistas prelatos han llamado a los presbiterianos cismáticos y pertinaces, y éstos a aquéllos han llamado supersticiosos, idólatras y papistas. ¿Quién, pues, que abriere sus ojos, no puede conocer que el diablo ha suscitado esta contención y celo para ocupar a los hombres sobre cosas de poco valor, para que las cosas más grandes sean despreciadas? Mientras, dejan otras de la misma naturaleza que han sido positivamente mandadas y puntualmente practicadas; y de cuya observancia no resultaría ni la mitad de tan grandes dificultades.

VIII. ¿Cómo pues? ¿No tenemos razón, no hallando que la naturaleza de esta práctica sea obligatoria sobre nosotros más que lo que podrían ser aquellas otras ceremonias que nuestros adversarios han dejado para excusar esta confusión; ya que los que la usan, nunca pueden concordar entre sí en lo que se refiere a su naturaleza, eficacia, ni manera de hacerla? Y esto procede porque ellos no la toman plenamente, como aparece en la Escritura, sino que le han mezclado mucho sus propias invenciones.

Tomándola como es, simplemente entenderíamos que Jesucristo, en aquel tiempo, les indicó que Su Cuerpo y Sangre debían ser ofrecidos por ellos, y deseaba que cualquiera de ellos que comiese o bebiese, lo hiciese en memoria de Él cuya Sangre era derramada por ellos. Ahora, parece que la Iglesia Primitiva, reunida inmediatamente después de su Ascensión, así lo entendió; esto se deduce de su uso y práctica, si aceptamos que aquellos lugares del libro de Los Hechos donde se habla de partir pan tienen relación a ella, como en Hechos 2:42: "Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles....en el partimiento del pan." Esto no puede entenderse de otra manera más que de su ordinario comer, porque como nada más aparece en el texto, el contexto lo hace claro, porque ellos tenían todas las cosas en común. Por tanto se dice en el versículo 46: "Y perseverando unánimes cada día en el Templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón." Los que voluntariamente no cierran sus ojos a esto, pueden ver

aquí que el hecho de partir y comer sólo muestra que, teniendo todas las cosas en común y así continuando juntos, en consecuencia, asimismo partían pan y comían sus alimentos juntamente, en cuyo hecho no dudo que memoraban al Señor para seguir a Aquel a Quien ellos se habían, con tanto celo y resignación, entregado a sí mismos.

Esto se ve más claro en Hechos 6:2. Los apóstoles, teniendo el cuidado y distribución de aquel dinero que los creyentes, habiendo vendido sus posesiones, les daban; y hallándose sobrecargados con aquella tarea, asignaron diáconos para aquel negocio, para poder entregarse continuamente a la oración y al ministerio de la Palabra; no dejando esto para servir las mesas. Esto no puede entenderse como algún comer sacramental o algún acto de culto religioso. Nuestros adversarios hacen la distribución de aquello un acto propio de los ministros, no de los diáconos. Y no puede alegarse con razón que aquel partir de pan, que se dicen haber continuado y haberlo hecho de casa en casa los apóstoles, fue distinto que en aquellas mesas que los apóstoles servían; mas ellos aquí lo dejaron en manos de diáconos, hallándose sobrecargados con ello.

Ahora, como el aumento del número de los discípulos incapacitaba a los apóstoles de manejar más esto, parecería que un mayor aumento y dispersión a diversos lugares impediría también la continuación de aquella práctica de tener cosas en común. Mas no obstante, a lo menos para recordar y continuar aquella antigua comunidad, ellos en ciertos tiempos se juntaban y partían pan juntamente.

De ahí que se diga en Hechos 20:7 que Pablo, viniendo a Troas, "El primer día de la semana, reunidos los discípulos para partir el pan, Pablo les enseñaba, habiendo de salir al día siguiente; y alargó el discurso hasta la medianoche." Aquí no hay mención de ningún comer sacramental, sino solamente que Pablo tomó ocasión de su compañía para predicarles. Y parece que fue una cena lo que ellos intentaban y no un mordisco matutino de pan y sorbo de vino. De otra manera no es creíble que Pablo hubiese predicado desde la mañana hasta la medianoche. El versículo 11 pone el asunto fuera de disputa, diciendo: "Después de haber subido, y partido el pan y comido, habló largamente hasta el alba; y así salió." Esto muestra que el partir del pan fue demorado hasta aquella hora, porque estas palabras muestran que se refería al partimiento de pan arriba mencionado y que ésta fue la hora en que lo hizo. También estas palabras muestran que esto no fue un acto religioso de culto, sino solamente comer para un refrigerio corporal, para lo cual los cristianos acostumbraban juntarse por algún tiempo y,

haciéndose en el temor de Dios y simplicidad de corazón, no obstante, era diferente del comer o festejar de personas profanas.

Y esto por algunos es llamado Fiesta de Amor, que era juntarse no meramente para llenar sus vientres o por fines exteriores, sino para tomar ocasión de comer y beber juntamente en el temor y presencia del Señor como Su pueblo, cuya costumbre no condenamos. Mas obsérvese que en todo el libro de Los Hechos no hay otra, ni más mención de este asunto. Si esta ceremonia hubiera sido algún Sacrificio Solemne, como algunos quieren hacerlo, o un tal Sacramento Especial, como otros contienden, es cosa extraña que aquello se mantuviese en silencio.

Solamente hallamos que los cristianos primitivos comenzaron gradualmente a apartarse de aquella pureza y simplicidad primitiva, añadiendo tradiciones supersticiosas, y viciaron las prácticas inocentes de sus predecesores con la mezcla de los ritos judaicos o gentiles.

Así también en el uso de esta comida, muy presto comenzaron a cometerse abusos entre los cristianos, de manera que le fue necesario al apóstol Pablo reformarlos y, por lo tanto, reprenderlos, como lo hace en I Corintios 11, desde versículo 17 hasta el fin, lo cual examinaremos particularmente, porque nuestros adversarios ponen la fuerza de su doctrina sobre él. Primero, porque ellos eran fáciles de usar aquella práctica con una mente supersticiosa, haciendo de ella una cena mística del Señor, Pablo les dice en el versículo 20 que el juntarse en un lugar no es comer la cena del Señor. El no dice, "Esta no es la manera correcta de comer," sino, "Esto no es comer la cena del Señor." Porque la cena del Señor es un misterio espiritual.

En segundo lugar, él los reprende porque se juntaban para lo peor, y no para lo mejor. La razón porque él dice esto está en el versículo 21: "Porque al comer, cada uno se adelanta a tomar su propia cena; y uno tiene hambre y otro se embriaga." Aquí está claro que el apóstol los condena por ello, porque la costumbre de cenar en general había sido usada entre los cristianos para aumentar su amor y como un memorial de la cena de Cristo con los discípulos; pero ellos la habían viciado porque la comían aparte y hasta llenarse los que tenían en abundancia, y se quedaban con hambre los que tenían poco en casa; por lo cual, el uso mismo y fin de esta práctica fue perdido y pervertido. Por lo tanto, él los culpa de que por qué no comían esto en su casa todos en común, o reservaban su comida hasta que todos se juntasen en la congregación pública. Esto aparece claramente en el versículo 22: "¿No tenéis casas en que comáis y bebáis? ¿O menospreciáis la Iglesia de Dios y avergonzáis a los que no tienen nada?"

También los culpa por su práctica irregular en ello y porque no querían comer ordenadamente, ni reservar su comida para la reunión pública, avergonzando a los que no tenían casas, ni abundancia en ellas y venían a participar de la mesa común. Estando hambrientos, los pobres eran avergonzados cuando observaban a otros allí hasta hartos y embriagados.

Los que sin prejuicio estudien el caso, verán que éste fue el caso entre los corintios. Porque si el uso de la cena hubiera sido igual a lo que es ahora, sea por papistas, luteranos o calvinistas, sería difícil hallar sentido en las palabras del apóstol o entender cuál fue el abuso cometido en esto por los corintios. Esta costumbre de comer y beber juntamente tuvo su origen del acto de Cristo con los apóstoles la noche que Él fue entregado. Por tanto, el apóstol procede en el versículo 23 a darles cuenta de ello: "Porque yo recibí del Señor lo que también os he enseñado: Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan," etc.

Los que entienden la diferencia entre la narración de una cosa y un mandato, no pueden sino ver, si quieren, que no hay mandamiento en este lugar, sino sólo un relato de lo sucedido. Pablo no dice: "Yo recibí del Señor que como Él tomó pan, así yo os mandé que hagáis semejantemente." No hay allí nada parecido en este lugar. Y al contrario, en el versículo 25, donde él repite las palabras imperativas de Cristo a sus apóstoles, él las coloca de manera que no resulten en un mandamiento: "Haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de Mí." Y entonces él añade: "Todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que Él venga." Mas estas palabras "todas las veces" no son un mandamiento más que lo que podría ser al decir: "Todas las veces que vayas a Roma, ve el capitolio." Esto no sería ningún mandamiento para que yo fuera a ese lugar.

Mas por cuanto ellos insisten en que las últimas palabras "la muerte del Señor anunciáis hasta que Él venga" indican que hay que continuar celebrando la ceremonia de la cena hasta que Cristo venga al fin del mundo para el juicio, respondo que ellos toman dos de las principales partes de la controversia, pero sin prueba. Primero, que "todas las veces" consiste en un mandamiento. Yo he demostrado lo contrario, y ellos jamás podrán probarlo. En segundo lugar, que esta venida se entiende de la última venida exterior de Cristo, no de la interior y espiritual, lo cual queda por probarse, mientras que el apóstol podría referirse a su venida interna al corazón, cosa que algunos de aquellos corintios carnales, que acostumbraban embriagarse juntos, no habían aún conocido. Y otros, que siendo flacos e inclinados a estriar sobre exterioridades, esto les hubiera sido permitido por un tiempo,

y aún usado, por los que conocieron la apariencia de Cristo en Espíritu (como fueron otras cosas, de las que hablaremos después), especialmente por el apóstol, quien vino a ser débil con los débiles y todo a todos, para lograr la salvación de algunos. Ahora, aquellos débiles y carnales corintios pudieron haber sido permitidos a usar esto para anunciar o memorar la muerte de Cristo, hasta que Él viniese a resucitar en ellos.

Porque aunque tales personas necesiten de aquellas cosas exteriores para ponerlos en memoria de la muerte de Cristo; sin embargo, los que son muertos con Cristo, y no solamente muertos con Cristo sino sepultados y resucitados con Él, no necesitan de tales figuras para memorarlo. A los tales, por tanto, dice el apóstol en Colosenses 3:1: "Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios." Mas el pan y el vino no son cosas de arriba, sino cosas de la tierra. Pero el hecho de que este asunto fue una mera muestra de indulgencia y concesión del apóstol Pablo a los débiles y carnales corintios, aparece aún más claro en la Escritura Siriaca, en donde I Corintios 11:17 dice: "En cuanto a lo cual estoy casi para mandaros (o instruiros), no os encomiendo, porque no habéis ido adelante, mas habéis descendido a lo que es menor, o de menos importancia." Claramente indica que el apóstol lamentaba que ésa fuese su condición, al grado de que fuese forzado a darles instrucciones sobre aquellas cosas exteriores. Estribando sobre aquello, ellos mostraban que no iban adelante en la vida del cristianismo, sino más bien estaban entretenidos en cosas de poco valor. Y por lo tanto, el versículo 20 de la misma versión dice así: "Cuando vosotros os reunís, no lo hacéis como es justo que lo hicieris en el día del Señor, vosotros lo coméis y bebéis." Con esto les muestra que juntarse para comer pan y beber vino material no era cosa de hacerse el día del Señor.

Pero siendo que nuestros adversarios son tan celosos por esta ceremonia sólo porque fue usada por la iglesia de Corinto (aunque con tan poco fundamento, ya ha sido mostrado), ¿cómo es que ellos pasan por alto mandamientos mucho más positivos de los apóstoles, como asuntos sin lugar? Como ejemplo tenemos Hechos 15:29, donde los apóstoles estrictamente encomiendan a los gentiles, como por voluntad del Espíritu Santo, "Que os abstengáis de lo sacrificado a ídolos, de sangre, de ahogado, y de fornicación," y Santiago 5:14, donde expresamente se manda que los enfermos sean ungidos con aceite en el nombre del Señor.

Si ellos dicen que estas cosas eran temporales y no para continuarse, ¿qué tienen ellos que mostrar, no habiendo allí ninguna derogatoria expresa de ellas? Si dijeren que la derogatoria está implicada porque el apóstol dice que



no debemos ser juzgados en comidas y bebidas, yo admito la respuesta; ¿mas cómo puede evitarse que esto también milite contra la otra práctica? De ninguna manera; no puede salir de allí ningún argumento por lo uno más que por lo otro, sino por costumbre y tradición.

En cuanto a lo de Santiago, ellos dicen: "Allí se seguía un milagro sobre ello, a saber, la mejoría de los enfermos; mas habiendo cesado esto, así también cesa la ceremonia." Aunque esto podría responderse en muchas maneras, a saber que la oración entonces también podría restringirse, porque a ella también se atribuye la salvación de los enfermos. Todavía lo aceptaré, porque ciertamente creo que esa ceremonia ha cesado; sólo me parece que siendo que nuestros adversarios (y esto rectamente) juzgan que una ceremonia debe cesar cuando la virtud cesa, entonces, por la misma regla, deben descontinuar la imposición de manos, en imitación de los apóstoles, siendo que el don del Espíritu Santo no se sigue de ella.

IX. Hallamos diversos testimonios en la Escritura que muestran suficientemente que tales ritos externos no son parte necesaria del Nuevo Pacto y Dispensación; por tanto, ahora no es necesario continuarlos, aunque fueron antiguamente practicados por un tiempo. Yo mencionaré unos pocos de ellos, los cuales por la naturaleza de la cosa, así como de aquellos testimonios, puede deducirse que la ceremonia del pan y vino ha cesado, así como aquellas otras cosas que nuestros adversarios creen ser así. El primero es Romanos 14:17, "Porque el Reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz, y gozo en el Espíritu Santo." Aquí el apóstol muestra evidentemente que el Reino de Dios, o Evangelio de Cristo, no consiste en comidas y bebidas, ni en cosas semejantes, sino en justicia, etc., como aparece en el contexto, donde él habla de la culpa y daño de juzgarse uno al otro sobre comidas y bebidas. Así pues, si el Reino de Dios no consiste en esto, ni el Evangelio, ni la obra de Cristo, entonces, el comer pan material y beber vino no puede ser parte necesaria del culto evangélico, ni sale de ello ninguna ordenanza perpetua.

Hay otro ejemplo aún más claro del mismo apóstol en Colosenses 2:16. El apóstol en todo este Capítulo 2, claramente contiene por nosotros y contra la formalidad y superstición de nuestros opositores. En el principio, sostiene los grandes privilegios que los cristianos tienen por Cristo, los que de veras han venido a la vida del cristianismo; y por lo tanto, les desea (versículo 6) que así como han recibido a Cristo, también anden en Él y tengan cuidado (versículo 8) para que no sean arruinados por medio de filosofías y engaños vanos, conforme a los rudimentos o elementos del mundo; porque en Cristo, a quien han recibido, está toda la plenitud; y son circuncidados con la

circuncisión no hecha de manos, que Pablo llama la circuncisión de Cristo. Y siendo sepultados con Cristo en el bautismo, son resucitados con Él mediante la fe en el poder de Dios (versículos 11, 12).

Aquí ellos también participaron del verdadero bautismo de Cristo. Siendo resucitados con Él, veamos si Él cree necesario que ellos hiciesen uso de tal comida y bebida, como pan y vino, para recordarles la muerte de Cristo, o si debían ser juzgados por no hacerlo. El versículo 16 dice: "Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida." ¿No es el pan y vino comida y bebida? Mas, ¿por qué? Porque son una "sombra de lo que ha de venir; pero el Cuerpo es de Cristo" (Versículo 17). Entonces, como nuestros adversarios confiesan que su pan y vino es un símbolo o sombra, por tanto, según la doctrina del apóstol, no debemos ser juzgados por la no observancia de ello. Mas, ¿está bien que aquellos que son muertos con Cristo estén sujetos a tales ordenanzas?

Véase lo que él dice en el versículo 20: "Pues, si sois muertos con Cristo cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué como si vivieseis al mundo os sometéis a ordenanzas, tales como no manejes, ni gustes, ni aun toques (las cuales cosas son todas para destrucción en el uso mismo), en conformidad a mandamientos y doctrinas de hombres?" ¿Qué puede haber más claro? Si esto no sirve para quitar la necesidad absoluta del uso del pan y vino, ¿qué puede servir para quitarlo? Estoy seguro de que la razón aquí dada es aplicable a ellos, "las cuales cosas son todas para la destrucción en el uso mismo" (versículo 22), siendo que el pan y vino perecen con el uso, tal como otras cosas.

Además de esto, si el uso del agua, pan y vino fuera aquello en lo cual el sello mismo del Nuevo Pacto consistiese, y perteneciese a los sacramentos principales del Evangelio y "Ordenanzas Evangélicas" (así llamadas), entonces el Evangelio no se diferenciaría de la Ley, ni sería preferible que ella.

En Hebreos 9:10, el apóstol indica que los ritos de los judíos fueron como un símbolo del Evangelio, "consistiendo sólo en viandas, y en bebidas y en diversos lavamientos." Si la adoración evangélica y el servicio descansan en lo mismo, ¿dónde está la diferencia? Si se dice que estas ceremonias bajo el Evangelio tienen un significado espiritual, respondo que así lo tenían aquellas bajo la Ley. Dios fue el Autor de aquéllas, así como se pretende que Cristo sea el Autor de éstas.

Mas esta contienda por el uso de agua, pan y vino como partes necesarias del culto evangélico, ¿no destruye la naturaleza del Evangelio, como si éste fuese

una dispensación de sombras y no de la sustancia? Siendo que el apóstol, en la carta a los Colosenses arriba mencionada, arguye contra el uso de estas cosas (si se consideran necesarias para los que son muertos y resucitados con Cristo), porque ellas eran sombras; y ya que en toda la carta a los Hebreos, arguye con los judíos para apartarlos de su culto antiguo que fue de tipos y figuras, ¿se puede conformar a una razón correcta el hecho de llevarlos a otro culto de la misma naturaleza?

¿Qué base de la Escritura o de la razón pueden nuestros adversarios darnos para comprobar que una sombra o figura conduzca a otra figura, y no a la sustancia? Sin embargo, ellos hacen que la figura de la circuncisión conduzca a la del bautismo con agua, y el cordero pascual al pan y vino. ¿Pero, se conoció jamás que una figura fuese el "antetipo" de otra figura, especialmente viendo que los protestantes no hacen de éstos sus "antetipos" para que haya una mayor virtud y eficacia que la que el tipo tenía? Porque como ellos correctamente dicen que sus sacramentos no confieren gracia, sino que ella es conferida según la fe del que los recibe, no podremos negar que los fieles de entre los judíos recibieron asimismo gracia en el uso de su culto figurativo. Y aunque los papistas se jactan de que sus sacramentos confieren gracia proveniente de su ejecución, no obstante, la experiencia prueba abundantemente lo contrario.

X. Mas, suponiendo que el uso del bautismo con agua, el pan y el vino, estuviera en la Iglesia Primitiva, como estaba también el de abstenerse de cosas ahogadas y de sangre, el uso de la purificación legal descrito en Hechos 21:23-25 y el unguir a los enfermos con aceite, por las razones y bases arriba mencionadas, todavía a nuestros adversarios les resta mostrarnos cómo tienen poder y autoridad para administrarlas. Esto no puede ser por la letra de la Escritura, o tendrían que hacer también aquellas otras cosas que la Escritura declara que los apóstoles hacían y que en la letra tienen igual fundamento. Entonces su poder debe ser derivado de los apóstoles, sea por intermediario o no; mas ya hemos mostrado en la Proposición Décima que ellos no han recibido poder por intermediario, a causa de la interrupción hecha por la apostasía; y por un poder inmediato o por mandato del Espíritu de Dios para administrar estas cosas, ninguno de nuestros adversarios lo pretende. Sabemos que en esto, como en otras cosas, alegan con mucho ruido del consentimiento constante de la Iglesia y de los cristianos de todas las edades. Mas como la tradición no es una base suficiente para la fe, así también en este asunto no da mucha base, porque en este punto de ceremonias y observancias supersticiosas la apostasía comenzó muy temprano, como puede verse en las Epístolas de Pablo a los Gálatas y Colosenses, y no tenemos base para imitarlos en esas cosas, a cuya

introducción el apóstol se opuso tanto, lo sintió profundamente y fuertemente reprobó.

Mas si miramos a la antigüedad, hallaremos que en tal género de observancias y tradiciones, ellos estaban muy inciertos y cambiables, de modo que ni los protestantes ni los papistas observan esta ceremonia como ellos lo hacían, pues aquéllos la daban a muchachos e infantes; y por derecho se puede entender que el uso de esto y el bautismo de infantes son de una época semejante, aunque lo uno sea dejado a un lado tanto por los papistas como por los protestantes, y el otro, a saber, el bautismo de infantes, se aferren a ello. Y nosotros tenemos la misma razón para apoyarnos sobre la antigüedad. Por esa razón, si consideramos la profesión y la parte ceremonial de la misma, no hallaremos ninguna iglesia ahora, ni papista ni protestante, que no difiera ampliamente en muchas cosas de ellos, como Dallaeus observa bien y demuestra en su tratado sobre el "Uso de los Padres." Y ¿por qué habrán ellos de imponernos esto por causa de la práctica de los antiguos, que ellos mismos no siguen? O ¿por qué no podemos nosotros desechar esto, así como ellos hacen en otras cosas no menos celosamente practicadas por los antiguos? No puede asignarse razón suficiente a esto.

Sin embargo, no dudaré que muchos, cuyos entendimientos han sido nublados con estas ceremonias, no obstante, por la misericordia de Dios, han tenido algún sentido secreto del misterio que ellos claramente no podían entender; porque les era velado por su apego a tales cosas externas; y que por aquel sentido secreto, envueltos en sus comprensiones, ellos se han conducido a interpretaciones carnales, como el hecho de imaginar que la sustancia del pan fuese cambiada, o que si la sustancia no fuese cambiada, aún así el Cuerpo estaba allí, etc.

Y por cierto, yo me inclino muy favorablemente a juzgar a Calvino en este caso particular, pues él trata tan ingenuamente de confesar que ni comprende ni lo puede expresar en palabras, pero aún por una experiencia sensoria, puede decir que el Señor está espiritualmente presente. Ahora, no dudo que Calvino algunas veces sentía Su Presencia sin el uso de esta ceremonia, así como que el entendimiento dado a él por Dios le hizo justamente desechar las nociones falsas de la transustanciación y consubstanciación, aunque no sabía qué establecer en lugar de ellas.

Si él hubiera enteramente esperado en la Luz que hace todas cosas manifiestas, y no hubiera obrado según su propio entendimiento para establecer esa ceremonia externa, hubiera penetrado más en el conocimiento de este misterio que muchos de los que vinieron antes que él.

XI. Finalmente: Si algunos en este día, de una terneza verdadera de Espíritu y con real conciencia para con Dios, practicasen esta ceremonia en la misma forma, método y manera como la hacían los cristianos primitivos, tal como aparece en la Escritura Santa, yo no dudaría en afirmar que serían gratificados en ella, y el Señor lo reconocería, y por un tiempo aparecéseles en el uso de estas cosas, así como muchos de nosotros sabemos que Él nos hizo en el tiempo de nuestra ignorancia, con tal que no intentasen imponerlas sobre otros, ni juzgasen a los que se hallaren libres de ellas, o que no se apegasen a las mismas.

Porque ciertamente sabemos que el día ha pasado en que Dios ha resucitado, y ha abolido todas aquellas ceremonias y ritos, y debe ser adorado solamente en Espíritu. También sabemos que Él se aparece a los que esperan en Él, y que el hecho de buscar a Dios en estas cosas, es como María en el sepulcro, buscando al Vivo entre los muertos. Porque sabemos que Él ha resucitado y es revelado en Espíritu, guiando a sus hijos hacia afuera de estos rudimentos para que anden con Él en Su Luz: a Quien sea gloria para siempre.

**Amén.**

